AÑO III. MEXICO. TOMO III.

EL BOAZEO

IMPRESO FRANCMASON

MARZO 3 1897. DIRECTOR, JOSE M. MEDINA. NUMERO 4.

Registrado como artículo de 2ª clase.

CONDICIONES.—Se publicará eventualmente. Precio dentro y fuera de la capital, un centavo.
DIRECCION DE CORRESPONDENCIA.—Jesús Medina 1ª Mixcalco, Núm. 1,528

LA REFORMA RELIGIOSA.

VIII.

Los católicos nos han hecho el favor de suministrarnos datos á propósito para corroborar nuestras opiniones respecto del titulado San Felipe de Jesús, pues claramente han confesado que sus padres eran de nacionalidad española, y como no se sabe que la hayan renunciado, lo más cuerdo es atribuirle á su hijo el carácter español, en vez del mexicano.

El padre, que se llamaba Juan Alonso de Las Casas, fué familiar del endemoniado Santo Oficio, con cuya circunstancia tenemos bastante para formarnos idea del influjo que el fanatismo y la superstición, deben haber ejercido en la confección de la leyenda.

Se reconoce por una parte, que no hay certeza, en cuanto á la fecha en que nació el célebre Filipillo, y por otra, se ha asentado que fué en 1597, como consta en un folletito de á centavo, que se estuvo expendiendo en las puertas del templo contiguo ó sea el de San Francisco. Después de algunos cálculos sobre el particular, hechos por vía de rectificación, se señalan como probables los años de 1571 ó 1572, quedándonos siempre en duda, lo cual no es de extrañarse mucho, si se atiende á que lo mismo pasa con la fecha del nacimiento de Jesucristo, que es más importante.

Felipe de Jesús era un vicioso, en toda la extensión de la palabra. Su ingreso á la Orden franciscana, no fué suficiente para modificar su carácter; y se había enajenado tanto la voluntad de sus padres, que le enviaron á Manila, donde fué á reproducir el tipo del Hijo Pródigo, viviendo perdidamente, y cuando sintió las funestas consecuencias de sus relajadas costumbres, volvió á pensar en el claustro y al fin profesó en 22 de Mayo de 1594.

Su nuevo género de vida, en la que, lo más digno de notarse es su afecto á los enfermos, le granjeó nueva fama, hasta el grado de que se trató de que volviese al hogar paterno, y ya en camino, le sorprendió una tempestad que le arrojó al Japón, donde sufrió la muerte, por la que se le han atribuido los honores del martirio.

Detengámonos unos instantes y consagrémoslos á la consideración del Panegírico que predicó el Obispo Montesdeoca el día 5 de Febrero del presente año, al celebrarse la inauguración del nuevo templo, dedicado á Felipe de Jesús; y así tendremos un cuadro más bien trazado, como hecho por manos académicas, en el que se verá el verdadero aspecto de nuestra vida religiosa y la necesidad apremiante de la Reforma.

En el exordio se hace alusión al supuesto milagro de la aparición de una cruz inmensa, tanto, que se la considera mayor que la Cruz del Sur; se la describe como Venus y como Marte, haciéndola variar de color según las circunstancias;

y particularmente se la distingue de la cruz de Jesucristo. Sin meternos en cálculos astronómicos, para fijar las dimensiones de la Cruz Austral, basta la simple vista, para comprender que no ha habido gigantes de tamaño adecuado para ser crucificados en una cruz semejante; y esto sin decir que la *cruz milagrosa*, era todavía más grande.

Además y dejando esta viciosa imitación de la cruz de Constantino, no se sabe quién hizo este portento, pues no se puede atribuir á Felipe de Jesús, y aunque lo más propio es cargárselo á Dios, esto no es suficiente para ponerlo en la cuenta de milagros, que requiere el derecho canónico, para fabricar un santo, milagros que deben hacer ó debe haber hecho el canonizado.

El panegirista acepta de plano que la Iglesia Romana tributa los honores del apoteosis á los héroes cristianos, sin preocuparse en lo más mínimo, en el orígen de esa costumbre pagana; y en seguida hace esfuerzos supremos por realzar la heroicidad de Felipe de Jesús, á pesar de haberle tenido en el concepto de un libertino que ganó el cielo por casualidad, lo mismo que el apellidado Buen Ladrón, que bastaba que fuera ladrón, para que no se le llamara *bueno*, calificativo que rehusó Jesucristo y que creía conveniente sólo para Dios.

De todo lo expuesto por el Obispo Montesdeoca, resulta que Felipe de Jesús fué sacrificado por un acto precautorio de alta política, y que en nuestro humilde concepto salvó al Japón de las garras del León de Castilla, teniendo así la ventura de librarse de los horrores de una conquista, semejante á la de nosotros. No se ven los rasgos característicos de otros mártires del cristianismo, en cuya historia resplandece como única causa de su muerte la religión cristiana; y por el contrario, se nota que la causa fué la idea bastante exacta de que los misioneros eran en aquellos tiempos los verdaderos conquistadores, con lo que manchaban su carácter cristiano, pues no se limitaban á la propagación pura del cristianismo, como lo mandó Jesucristo.

No obstante, algunos detalles deben reputarse como injuriosos al mismo fundador del cristianismo.

Se pinta á Felipe de Jesús, aplacando *más de una vez las recias tempestades*; con las *narices* y las *orejas* cortadas por afrenta, que no sufrió el célebre galileo; y después de las distinciones que se hicieron entre la cruz aparecida en los mares del Japón y la Cruz del Sur, se nos sale con que la cruz que sirvió para darle muerte en la colina de Nangasaki al famoso Filipillo, *fué la misma* que despedía destellos como Venus y Marte y *la misma en* que espiró Jesucristo.

Al menos, tales son las afirmaciones textuales que cualquiera puede ver en las columnas de "El Tiempo," que se apresuró á darnos íntegro el Panegírico en cuestión, y que francamente lo esperábamos de mejor calidad, dada la reputación del autor.

De paso se nos demostró la impotencia del catolicismo para convertir á cuarenta millones de japoneses, en cuyas conciencias se anidan mejor las doctrinas budistas; y por poco le cuelga á Felipe de Jesús el *milagro* de la vuelta del templo de San Francisco al dominio católico, en cuyo hecho concurrieron como causas principales la avaricia, la perfidia y la ambición.

Pero buenas ó malas, así van entre nosotros las cuestiones religiosas.

Para estas majaderías se hacen sacrificios pecuniarios; y entretanto la miseria pública prosigue en aumento; y sólo gozan de su abril y mayo, eso que se llama la aristocracia mexicana y el clero. Aristocracia sería, propiamente hablando, si se distinguiera por sus virtudes; pero no es virtud, protejer á los impostores, á los apóstoles del fanatismo y la superstición.

A esos blancos deben dirigirse los tiros de la Reforma.

JESÚS MEDINA.

LA VERSION MODERNA.

VIII.

A medida que vamos adelantando en el terreno de las observaciones consagradas á una Versión que todavía hay quien la califique de *excelente*, á pesar de haber se puesto en evidencia la abundancia de sus defectos, hemos concluído por espantarnos, al pensar en lo que pueda sobrevenirle al autor, si se tiene por cierto lo que dice el versículo segundo del capítulo cuarto del Deuteronomio y los versículos diez y ocho y diez y nueve del capítulo veintidos y último del Apocalipsis.

Según estas citas, Dios prohibe terminantemente, añadir ó quitar algo de su Palabra, que en el caso actual, es nominalmente la Biblia, que acertada ó erróneamente se tiene por tal. El autor de la Versión Moderna ha añadido una palabra en el versículo nueve del capítulo tercero del Levítico, luego ha incurrido *ipso facto* en el pecado enorme de alterar la Palabra de Dios, y por lo mismo está expuesto á sufrir la *ira* de Dios y es de temerse que le sobrevenga alguna calamidad apocalíptica.

Es verdad que aquí se trata de una cosa de poca monta, es decir, de la cola de un borrego; pero también es verdad que los animalitos de la misma clase han sido los predilectos de Jehová. Valera se contenta con decir que se podía ofrecer á Dios la *cola entera* de un cordero; pero no sucede lo mismo con la Versión Moderna, que quiere una cola *grasosa* y entera.

En el mismo capítulo tercero del Levítico, se ve el escamoteo de las palabras á que tan apegado se muestra el *traductor*, pues le parece indiferente usar la palabra *pábulo* por *pan* ó por *vianda* que es la usada por Valera, y sin embargo, al pasar al Nuevo Testamento, no dice que Jesucristo tomó *pábulo* y lo bendijo, en el pasaje famoso sobre la Eucaristía, ni creemos que habría necio en las congregaciones de México que quisiera usar dicha palabra en el culto público; y sería lógico, si lo hiciera y tomara por premisa la autoridad de la Excelente Versión Moderna.

También podría decir, al rezar la Oración dominical: "*El pábulo nuestro de cada día, dánoslo hoy;*" ó "*danos hoy nuestro pábulo cotidiano*"

La palabra *olíbano* ha sido preferida por *incienso*; y no obstante en el versículo séptimo del capítulo cuarto del Levítico no se dice *olíbano aromático*, sino *incienso aromático*, prueba de que la *traducción* se ha hecho á la buena de Dios ó á la buena ventura.

En el versículo décimo del citado capítulo cuarto del Levítico se nos convierte en *novillo* lo que es *buey* según Valera; en el versículo veintiuno, el *campo* se vuelve *campamento*; de manera que podríamos hablar de un campamento de flores y de los novillos del arado.

Toda esta ciencia zoológica, no es de extrañarse, porque además de lo que ya hemos dicho sobre las ballenas, en el versículo cuadragésimo sexto, del capítulo undécimo del mismo Levítico, se insiste en confundir la palabra *animal* con *ánima viviente*, resultando así *almas* que se arrastran como reptiles inmundos sobre la superficie de la tierra.

La Versión Moderna adultera la Palabra de Dios y además la menosprecia, pues es frecuente ver en ella que el *texto* hace el papel de *comentario*, como lo probaremos á mayor abundamiento.

JESUS MEDINA.

DESESPAÑOLIZACION.

"El brillante escritor don Emilio Castelar ha dejado correr de su pluma las siguientes palabras:

"Renegáis, americanos, de esta nación generosa que tantos timbres tiene en su historia, tantas prendas en su carácter, tantos fulgores en su civilización. Renegáis de este país el único que supo leer en

la frente de Colón el enigma de vuestra existencia; de este país que ha fundado vuestros padres, que ha erigido vuestros templos, que os ha dado su sangre, que ha difundido su alma en vuestra alma, que os ha enseñado á hablar la más hermosa y sonora de las lenguas y que por civilizar al Nuevo Mundo se desangró, se enriqueció, como Roma por civilizar el antiguo."

* * *

"¡*Mueran los gachupines!*" fué el primer *grito de mi patria, y en esta sentencia terrible se encuentra la desespañolización de México.*

"¿*Hay algún mexicano que en su vida no haya proferido esas sacramentales palabras! Yo, uno de los más culpados, debo al señor Castelar, á quien admiro, una explicación razonada, sobre por qué en unión de mis conciudadanos, reniego de la nación que, creyendo descubrir en la frente de Colón un camino seguro para robar á los portugueses las Indias Orientales, tropezó con nosotros y desde entonces se ha complacido en devorarnos.*

Renegamos los mexicanos de la patria del señor Castelar, del mismo modo y por las mismas razones que usted reniega de ella ¡Hènos aquí fieles á sus inspiraciones! ¡A qué época de la España quiere usted que nosotros pertenezcamos! ¿Imitarémos á la España actual, donde usted, admirable escritor, es visto como una pária! No, usted no canoniza el robo del huano, ni los asesinatos de Santo Domingo, ni la esclavitud en Cuba: llamándose usted demócrata, ha dicho sobre la España de hoy: "¡anatema!" ¡Imitarémos á la España de Carlos II el *Hechizado*, una especie de Maximiliano que por derecho hereditario, la abandonó como un cadáver á los buitres de Austria y de la Francia! No: hasta los mismos españoles se avergüenzan de esos tiempos que para la religión y el despotismo aparecen como los más envidiables. Tampoco nos designará usted como modelo la España de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II, cuando Dios en su indignación entregó al pueblo ibérico toda la tierra, para probarle solemnemente que era indigno de regirla.

¿Qué monumento pusieron esas gentes sobre el mundo, cuando lo tenían en sus manos? La hoguera de la Inquisición, y lo dejaron caer fatigados de su peso ¿Nos designará usted por ventura la Edad Media? El tipo más puro de aquella época nos lo conserva don Quijote; el más puro, porque ese caballero siquiera es un loco y no un bandido.

Reniega usted, confiéselo, de la que tantos timbres tiene en su historia, tantos fulgores en su civilización. La España que usted ama, no existe, y no ha existido jamás; el talento de usted la engendra en su alma democrática. La ve usted en el porvenir; la dota usted con las prendas de su propio carácter, la adorna con los timbres que descubre en las naciones más gloriosas, y se deslumbra usted con los fulgores de la civilización que les desea; pero entre tanto, para sus paisanos usted no es más que don Quijote del progreso.

No hay que hacerse ilusiones. El último pueblo á que desearían parecerse las demás naciones de la tierra, es el pueblo español, y el mismo señor Castelar trabaja por una metempsícosis, esperando que ese pueblo querido trasmigre al fin de las fieras á los hombres. Lejos de mí relevar el mérito de varios ilustres españoles; ¡pero cómo han pasado por su patria! Ellos no han sido más grandes que el Dante, que Maquiavelo, que Galileo, que Miguel Angel, que Campanella, y aquéllos como éstos, según la frase del señor Cartelar, no han pasado por suelo desgraciado, sino como fuegos fátuos por un cementerio. Una sola gota de sangre española, cuando ha hervido en las venas de un americano, ha producido los Almontes y los Santa-Anas, ha engendrado á los traidores; y no es extraño ese fenómeno, porque para darnos su sangre no han venido á la América los Quintanas, ni los Castelares, sino los frailes que ustedes han asesinado, y los galiotes que ustedes cargan de cadenas.

(*Concluirá.*)

TIP. Literaria, Betlemitas 8.